



EUSKARISMO-REGIONALISMO

El distinguido escritor bascongado D. Alfredo de Laffitte publicaba días atrás en las páginas de la EUSKAL-ERRIA un artículo titulado *Bascongadismo*, palabra que parece emular la de Catalanismo, puesta en boga por los regionalistas ó nacionalistas catalanes.

Todos sabemos que hay también nacionalistas ó regionalistas bascongados. Pero en este país, las aspiraciones, las ideas y los sentimientos patrióticos se resumen ó se encontraban al menos antes resumidos todos en la palabra *Fuerismo*. De emplearse otra, nosotros preferiríamos la de *Euskarismo*, ya que sea preciso castellanizar el vocablo para hacerlo vulgar y corriente.

Euskarismo, Bizcainismo, Bascongadismo, vendrían á significar amor á la tierra, á las instituciones, á las costumbres, á la lengua bascongadas. Pero creemos que la primera es más universal con relación al pensamiento expresado.

Jamás ha sido un crimen en los pueblos (si no es á juicio

de los déspotas conquistadores) rendir culto á su historia, á su tradición, á sus leyes, usos y costumbres. Resistirse á abandonarlos, sacrificarse por defenderlos y ansiar el recuperarlos.

La historia de la humanidad lo demuestra. Y la historia de la humanidad es la de todas las naciones, como la historia de una nación es la de todas las regiones que la componen. Mas ante la unidad superior no deben ni pueden desaparecer las unidades inferiores. En el orden lógico, en el orden histórico, en el orden natural, antes desaparecería la unidad superior, que las ínfimas. Porque estas tienen una existencia propia, elemental, y aquellas una vida prestada, compleja.

Al desaparecer los grandes imperios, las vastas monarquías fundadas por espíritus conquistadores, no desaparecieron ni sucumbieron los pueblos, las razas, los hombres que los constituían. Destruída la unidad del todo, vivieron y perduraron las partes irreductibles de ese todo, conservando sustantividad bastante para existir por sí, con independencia de lo accidental, circunstancias y transitorio que formará aquella unidad forzada, artificial y puramente histórica.

Podrá ser un *desideratum* de utopistas y filósofos la unidad universal humana como lo fué de algunos políticos y guerreros la monarquía universal: y de algunos filántropos la paz universal y perpétua.

Nada de esto se realiza sin embargo. Los pueblos y las naciones continúan separados por aisladoras fronteras, los Estados persisten en armarse y en convertir sus ciudadanos en soldados como en los tiempos más belicosos de la historia; dentro de las naciones, los partidos se combaten luchando por diversos y encontrados ideales, ó por la instauración de prácticas y leyes diferentes de las establecidas. Y la verdadera paz y fraternidad apenas traspasan los estrechos límites del hogar y de la familia.

Tal es la realidad, por triste que ella sea. Y en tal situación, los pueblos como los individuos, inquietos, perturbados, ansiosos de encontrar soluciones al problema social que en múltiples formas á cada paso se les presenta, vuelven el pensamiento y la mirada sobre sí, exclamando: «sólo puedo esperar la salvación de mí mismo», es decir: *sálvese el que pueda*.

De ahí el regionalismo en las naciones débiles, mal gobernadas y empobrecidas.

De ahí el socialismo en los pueblos más ricos, industriosos y avanzados.

De ahí el anarquismo en los países sometidos al régimen de la fuerza.

Porque aunque estos elementos coexistan en determinada nación, como acontece en España, menester es observar dónde tuvo cada uno su origen y nacimiento y la raíz de su existencia.

Luchan los socialistas por alcanzar leyes é instituciones redentoras de una clase social, víctima según ellos de la suprema injusticia con que hasta hoy se rigieron las sociedades humanas.

Atacan los anarquistas ciegamente, brutalmente, mecánicamente las cosas y las personas, sin otra filosofía, sin otro pensamiento, que el de la destrucción material de todo aquello que personifica ó representa autoridad, gobierno, poder, porque en la existencia de esas entidades ven la causa principal, el principio y fin de todas las desgracias que los pueblos experimentan.

Y álzanse los regionalistas contra un poder al que consideran, por exagerado y absorbente, autor del malestar que en las provincias ó regiones se padece; recordando acaso, que muchas prácticas, leyes é instituciones que fueron en ellas fuente de riqueza y prosperidad se vieron destruidas bajo la acción de ese poder, sin ser reemplazadas con nada que satisficiera las necesidades á que aquellas leyes é instituciones atendían.

Tal vez ha sonado la hora de las grandes reivindicaciones.

Entre estas, no será seguramente el Euskarismo la menos natural, la menos consecuente, la menos lógica.

Nuestro fuerismo no es de hoy: cuenta ya varios siglos. Y sería pueril creer que porque una mayoría en Cortes decretó que no existían los fueros bascongados, estos desaparecieron por completo sin dejar huella de su existencia.

Solo pudiera contribuir á borrar su recuerdo el constante ejercicio de un Poder tan justo, tan benéfico, tan previsor,

tan equitativo, tan acertado, tan perfecto, que nada dejase desear á un pueblo en punto á gobierno, administración y economía.

Precisamente sucede lo contrario. Y como así sucede, así se suscitan protestas, clamores, manifestaciones, encaminadas á salir de semejante estado, aun á costa de la integridad del Estado. En medio de tal confusión ha sonado la palabra *separatismo*. ¿Quién la pronunció primero? Lo ignoramos. Pero jamás debiera haberse pronunciado esa palabra peligrosa. Una palabra puede causar á veces una revolución, una catástrofe. Aún siendo esa palabra falsa ó infundada.

La voz de ¡fuego! en un recinto cerrado y repleto de gentes ¿cuántas desgracias no ha producido en ocasiones?...

Conviene no asustarse ni declamar en vano contra el regionalismo, fenómeno social é histórico natural, espontáneo, en cuanto nace de causas bastante conocidas, modificadas las cuales, el efecto se modificará también. Obstinar-se en anatemizarlo sin pensar en la extirpación de sus causas, es perder el tiempo.

Sobre los discursos de los retóricos, sobre las declamaciones de los políticos, sobre las lucubraciones de los sabios y aún sobre la fuerza de los ejércitos, están las fuerzas incontrastables del espíritu de la naturaleza y de la historia, que se imponen, que se cumplen, fatalmente, brutalmente, irremisiblemente.

España debe saberlo. España sabe á dónde llegó la extensión de sus límites, y hasta dónde se ha reducido. Sabe el cómo y porqué.

Si en España hay estadistas, salven á la patria y al Estado.

Mas si ellos no saben hacerlo, mediante grandes soluciones, no se admiren de que otros sin ser estadistas ni políticos traten de salvarse mediante soluciones pequeñas.

Porque en la lucha por la existencia todas las soluciones son buenas menos la de morir.

EDUARDO DE VELASCO.

